

# Capítulo 5 - La Tierra de los Caminos Fragmentados

Las dríadas lo observaron con expresiones variadas: algunos con confusión y curiosidad, otros con preocupación. Él les devolvió la mirada, preguntándose cuánto de su temor más profundo se reflejaba en su rostro.

“Querido Tierra, veo que estás preocupado. Por favor, cuéntanos qué sucede,” dijo Hogar, con una voz que seguramente pretendía ser suave, pero no lo logró del todo. No del todo.

“Yo... Bueno, no estoy seguro de cómo decirlo. Supongo...” balbuceó, sin saber cómo responder. La culpa lo abrasaba, dejándolo vulnerable por dentro. Era aún más frustrante porque, aunque sabía que era responsable, no podía precisar qué había hecho ni por qué. Finalmente, expresó, “Creo que hice algo horrible hace mucho tiempo y no sé cómo arreglarlo.”

“¿Qué crees que podrías haber hecho, si no recuerdas exactamente?” preguntó Hogar.

“Romper el mundo. No sé cómo, pero Madre dice que soy yo el culpable, y cuando veo esas pequeñas figuras de dioses, puedo entender que es verdad,” afirmó Tierra. “Mira lo que les pasó.”

Los duendes observaron con calma, y él notó que se detenían y permanecían quietos más de lo habitual, señal de que estaban profundamente pensativos. Estaban tan ansiosos por consolarlo, esas cosas encantadoras. Pero toda esa inquietud le parecía desoladora, pues sabía que en realidad no entendían, no podían. Sabían poco del dolor y muy poco del miedo. Vivían vidas llenas de alegría constante, danzando en mundos que él no podía percibir. ¿Qué podrían entender del sentido de culpa?

El Hogar lo envolvió en un cálido abrazo, apoyando su rostro contra su hombro, y él comenzó a relajarse algo. Su cuerpo, su criatura, conocía la sensación de confort, aunque su mente no pudiera justificar aceptarla. Ella parecía completamente viviente, desde los sedosos mechones de su cabello verde hasta la suavidad de su carne de madera, incluyendo los huesos que la sustentaban. Sabía que no era fácil, que requería poner tanto detalle en una criatura de árbol. Ella quizás no comprendería, pero era sincera y realmente lo amaba. Eso valía mucho.

“No sé cómo consuelo mejor tu tristeza. ¿Estás miserable y durará mucho?” preguntó ella.

“No durará. Pronto me sentiré mejor,” respondió Dirt. No mencionó que sospechaba que su mente nunca volvería a estar en paz respecto a esto.

Callius le dio una palmada en la cabeza a Dirt y dijo: “¿Te ayudaría si te damos algo más en qué pensar?”

Dirt sonrió levemente, a pesar de sí mismo. Qué criaturas tan tontas eran, pensó. Realmente no tenían idea de qué hacer con él. Eran como un grupo de humanos tratando de entender por qué un pájaro estaba enojado.

“Ven con nosotros,” dijo Dawn. “Caminemos, corramos y juguemos hasta que te sientas mejor. Y si quieres, enterramos este lugar y nunca lo mencionamos de nuevo.”

“Oh, no, déjalo intacto. Aún quiero leer todos esos pergaminos y examinar todas estas cosas. Y ver el resto del edificio,” dijo Dirt.

“Entonces, ven,” dijo Callius, tomando la mano de Dirt y alejándolo del Hogar.

Starwatcher tomó la otra mano de Dirt. “Estoy cerca,” dijo. “Ven hacia mí.” Ahora era más corpulenta que cuando se conocieron por primera vez, y eso le recordó a una chica rellenita con la que había hablado brevemente en Ogena. Sin embargo, su rostro permanecía más o menos igual, y su mano no se sentía diferente a las otras. Se preguntó si quería correr otra carrera, como tantas veces antes.

Callius y Starwatcher lo guiaron fuera de la amplia puerta de la schola y al largo sendero de mármol envejecido. Él dejó que sus luces se apagaran tras él y sintió cómo la pequeña corriente de maná cesaba. Caminaron tomados de la mano, balanceando los brazos como hacían los niños de Ogena, y eso le ayudaba a calmar el tumulto interior. Claro, al menos en parte. Lo suficiente para no dejarlo reflejado en su semblante.

Antes de abandonar el sendero y adentrarse en el follaje de Brezos, Dirt detuvo su paso y remangó las piernas de sus pantalones más allá de las rodillas. Ya comenzaban a ensuciarse en los bajos, pero como las ondinas habían confeccionado tantas túnicas, faldas o pantalones cortos para ellas mismas, le parecía incómodo simplemente quitarse las prendas como tal vez habría hecho de otra manera.

La caminata se tornó cada vez más aventurera a medida que avanzaban, pues todas las ondinas caminaban a diferentes velocidades o mostraban alguna otra variación. Algunas jugaban entre ellas, corriendo a toda prisa y llenando el aire con risas; le otorgaba al bosque una atmósfera muy distinta a la que estaba acostumbrado. Antes, los árboles solían mantenerse en silencio, salvo cuando conversaban con él, preferían caminar tras él en lugar de delante. Generalmente. Ahora estaban por todas partes, actuando como las multitudes de niños que Dirt había conocido en Ogena.

Se preguntaba si envejecerían junto con él, todas sus ondinas creciendo al mismo ritmo que él, o si preferirían permanecer como niños. Y, pensándolo bien, ¿él crecería de verdad? Madre había dicho que su ‘tiempo’ era una de las cosas que había perdido en el vacío, así que, ¿significaba eso que conseguiría más? ¿Crecería una segunda vez? ¿O permanecería de ese tamaño eternamente? ¿O simplemente caería muerto en cualquier momento, dado que ya había sido anciano antes?

—Tengo una pregunta—, dijo. —¿Vamos a hacer que vuestras ondinas envejecan al mismo ritmo que yo? ¿Y qué pasa cuando venga Marina? ¿Alguno de vosotros será adulto a su alrededor?

Callius fue quien respondió. —Al principio, todos queríamos que nuestras ondinas fueran como tú. Pero ahora entendemos que los humanos en distintas edades tienen roles diferentes en la sociedad y se relacionan de distintas maneras, y eso resulta más complejo. Creemos que sería interesante explorar esa diversidad. ¿Qué prefieres tú?

Dirt tuvo que pensar un momento. ¿Cómo habría visto a Callius si fuera un anciano, o a Dawn si fuera una niña pequeña, más joven que él? ¿O alguna otra combinación distinta a la que tenían ahora? —Estaba a punto de decir que debían ser lo que mejor encajara en cómo se ven a sí mismos—, comenzó a decir, —pero luego recordé que la mayoría de ustedes tiene miles de años y no quiero estar rodeado solo de ancianos.

Callius rió. —El hecho de que sea antiguo no significa que me vea a mí mismo como viejo. Hay una pequeña probabilidad de que seas mayor que yo, en cualquier caso. Yo crecí por primera vez unos pocos años antes de la partida del Gardener.

—¿De verdad?

—Sí. Y si ella todavía estuviera aquí, yo sería mucho más pequeño y en su mayoría inconsciente. Entonces éramos seres menores—, dijo Callius. Apretó la mano de Dirt y añadió: —Tenlo en cuenta cuando te sientas tentado a sentirte culpable otra vez. Aunque hayas cometido algo que merezca culpa, no fue del todo malo, ¿verdad?

Dirt asintió. —Mi padre mencionó alguna vez que los dioses solían limitar a él y a madre también. Creo que el mundo sería menos maravilloso sin todos vosotros en él—, dijo. —Pero todavía me siento culpable por haber destruido a mi propia especie.

Detrás de él, Hogar preguntó: “Tierra, ¿cómo me ves ahora?”

Se volvió y la encontró en forma adulta. La falda que llevaba no había crecido con ella y ahora parecía más como una larga Loincloth atada en la espalda. Su rostro infantil se había llenado de una gracia paciente, con rasgos de belleza angular que aún parecían maternos, cual una escultura. Todo ella parecía una escultura, redonda y femenina. Parecía tener la altura promedio para una mujer, una cabeza más alta que él, tal vez un poco más. Tierra sonrió y dijo: “Honestamente, más o menos igual. Te queda bien.”

“Ven, abrázame, querida Tierra. Tengo curiosidad,” dijo ella, extendiendo sus brazos.

Tierra soltó las manos de Callius y Estrella Vidente y la abrazó. Su cabeza descansaba contra su pecho, en el espacio plano entre sus pechos y su barbilla. Ella todavía olía lo mismo, esa fragancia suave y terrosa de las plantas, y su cuerpo tenía la temperatura fresca del aire y la tierra. No era madre ni hermana mayor, pero no era muy diferente a esas cosas.

Retrocedió y la observó cuidadosamente una vez más, luego dijo: “Te queda perfecto. Me gusta.”

Hogar sonrió de una manera que parecía más juvenil que adulta, con un leve toque de travesura en los ojos. “Te ves diferente desde aquí arriba,” dijo. “Puedo ver lo desordenado que tienes el cabello.”

“¿Qué?” dijo, sintiendo su cabello para decidir qué tan mal estaba. Callius se rió.

“Buscaré un peine más tarde, y te darás un baño,” dijo Hogar.

Un baño podría ser agradable, pero Tierra tenía la sensación de hundimiento de que Marina les había estado diciendo cosas, cosas que preferiría que no supieran.

“Supongo. Pero sigamos adelante por ahora,” dijo.

Lo llevaron al árbol de Estrella Vidente, que era uno de los más cercanos a la schola. Solo el árbol de Diente era más cercano, y él no lo veía por ninguna parte. Sus raíces se retorcían en una forma espiral, y ella había dicho que era una coincidencia, pero él no la creía totalmente.

“Has llegado a mí. Ahora es tiempo de subir,” dijo ella. Sus ojos mostraban una emoción que no llegaba a su voz.

“¡Oh, no, esto no lo vuelvo a hacer!” exclamó. “Ya me siento mucho mejor. No necesito hacer eso para recuperarme.”

Callius volvió a reír. “Sabía que dirías eso. No, tonto, no vamos a intentar matarte. Es hora de mostrarte lo que hay en las ramas.”

“¿Entonces realmente hay algo más que solo pájaros allá arriba?” preguntó Tierra, emocionado. Miró hacia arriba, la imaginación prendiendo en movimiento.

“No fue la Madre de los Lobos quien nos dio tu lenguaje como hizo con sus cachorros. Ni fue de ti que aprendimos. El proceso físico de hablar, sí, pero ¿las palabras en sí? Tendrás que subir para descubrirlo,” dijo Callius. “Yo subiré para atraparte si te caes. Los demás estarán esperándote en la cima.”

A su alrededor, las dríadas desaparecieron instantáneamente, sin siquiera un adiós. Parecía que debería hacer un sonido al hacerlo, pero no fue así.

La dríada de Estrella Vidente no desapareció. En cambio, quedó completamente inerte mientras ella retiraba su control sobre ella. Tierra miró su mente y la encontró ya trabajando en crear una escalinata serpenteante para ascender por el tronco.

Y así, el bosque volvió a parecerse a como era al principio. Si no miraba la schola detrás de él, no había muchos otros edificios a su alrededor. El paisaje era tan plano y vacío como aquel primer día. Un océano de helechos verde oscuro, interrumpido solo por los troncos de árboles gigantes, imposibles en tamaño. El aire se volvió quieto, sin que nadie hablara, el silencio se extendía hasta rodearlo como una manta. En el cielo, los verdes moteados del dosel aún ocultaban toda la bóveda celeste, sin dejar pasar un solo rayo de sol. El bosque, otra vez, era eterno. Silencioso y sagrado.

Callius le dio una palmada en la espalda y lo empujó adelante. “Ve, amigo Tierra. Puedes descansar tantas veces como quieras.”

“Voy,” dijo Tierra. “En realidad, ¿por qué no puedes llevarme allí con el viaje de raíces?”

“Porque no queremos,” respondió Callius.

“¿Alguna razón?”

“No, ¡vamos!”

Tierra suspiró irónicamente y saltó sobre la raíz pálida y gris más cercana, corriendo hacia el tronco, disfrutando cómo sus pies descalzos golpeaban la corteza plana. También recordaba eso. ¿Eso contaba como nostalgia? Especialmente hoy, cuando había estado nostálgico por cosas enterradas durante miles de años. ¿Por qué no? Claro que sí. Era un día para la nostalgia, reciente o de otra clase.

Mantuvo el maná en circulación mientras subía rápidamente las escaleras, cientos y cientos enroscadas alrededor y en el tronco de Starwatcher. En esta ocasión estaban más regulares y más juntas, por lo que no fue una lucha. Sin embargo, mantuvo un ojo atento a alguna trampa. La altura empezó a ponerle nervioso a unos doscientos pasos, cuando dejó de estar tan seguro de poder aterrizar sin hacerse daño si era necesario.

No es que no confiara en las dríadas, no exactamente. Es solo que su forma de ayudarlo no siempre coincidía con la suya. Así que se detuvo un poco, caminando con cuidado y atento a los sonidos en el tronco de Starwatcher que pudieran indicar que ella estaba a punto de hacer algo repentino.

Por suerte, el maná hacía que caminar fuera mucho más sencillo. Callius no dijo nada, solo lo siguió de cerca. Lo suficientemente cerca para atraparlo si patinaba. ¿Y si ambos caían juntos? ¿Qué entonces? ¿Se convertiría en una cama gigante y suave antes de caer al suelo? ¿O crecería alas y volaría como un pájaro? Tierra casi se tentó a caer y descubrirlo. Casi. No quería descubrir que el plan era que se rompiera todos los huesos, por su propio bien, claro.

A medio camino, el bosque parecía irreconocible. Los troncos desaparecían en el profundo mar verde de helechos, cuyas raíces enormes casi no se veían ahora. Arriba, Tierra podía distinguir grupos separados de hojas con más detalle que nunca. Donde las ramas de un árbol se encontraban con las de otro, se entrelazaban, compartiendo el espacio y rozándose suavemente con los vientos que nunca alcanzaban a llegar hasta abajo del dosel.

De manera sorprendente, el aire se volvió más cálido mientras subía, no más frío. Eso era justo lo opuesto a subir una montaña. Sin embargo, seguía igual de húmedo, y para cuando estuvo tres cuartos del camino, su camisa empezaba a estar empapada de sudor.

Decidió que era hora de descansar. Un flujo constante de maná mantenía sus piernas en movimiento y con energía, pero aún era esfuerzo, y empezaba a cansarse. Se dio vuelta y se sentó, luego se quitó la camisa húmeda sobre la cabeza y la puso en un peldaño.

“Estás sudando mucho,” dijo Callius.

“Es sudor. Sucede cuando tengo demasiado calor, o hago ejercicio demasiado intenso,” contestó Tierra.

Callius sonrió con suficiencia. “Lo sé. También puedo decirte todas las sustancias que ayuda a eliminar tu cuerpo.”

“¿En serio? ¿Como qué? ¿Sal y agua?”

“Más que eso. Tal vez lo más sorprendente sea el metal. Hay una pequeña cantidad de metal, más de un tipo, en tu sudor.”

“¿Metal? ¿En serio?” preguntó Tierra, mirando las gotas claras de eso en sus antebrazos.

“De verdad. Zinc, cobre, hierro y otros dos que no tienen nombres en tu idioma. Esos son los más destacados,” explicó Callius. “Déjame tomar esa camisa. No se va a secar pronto.”

La tierra la exprimió, curiosa por ver si saldría algún líquido. Nada sucedió. Se la entregó a Callius, quien fingió lanzarla hacia abajo, pero desapareció antes de que saliera de sus dedos. “La dejaremos en tu casa.”

“¿Cuál?”

“¿Cuál quieres usar?”

“¿Se molestaría Hogar si quisiera usar mi antigua villa?”

“Amigo Tierra, ¿qué crees que será mi respuesta?”

“Bueno, solo no quiero que ella esté triste. Pero quiero dormir esta noche en mi villa.”

“Entonces así será,” dijo Callius. Le pasó un dedo por la frente de Dirt, luego lamió la sudoración de su punta. “Mmm, metal,” afirmó.

“¿Es una broma? ¿Realmente tengo metal en mi sudor?”

“No, y sí.”

“¿Lo tiene Socks en su?”

“Socks no suelta sudor, pero su orina es similar a la tuya.”

Dirt intentó recordar. “Pensé que sí, después de haber estado mucho tiempo en un lugar.”

“Quizá, pero no era sudor.”

“¿Cómo lo sabes?” preguntó Dirt.

"Porque lo detectaríamos en su pelaje, ya sea cuando muda o al tocarlo. Olería evaporarse o lo veríamos en sus huellas. La Madre de Lobos no nos permitirá analizar a uno de sus cachorros correctamente, así que inferimos más de lo que podemos verificar. Pero estoy seguro de que no suda. Se enfría jadeando," explicó Callius.

"Me molesta que ya sepas más sobre el mundo físico que yo, y yo vivo aquí," dijo Dirt jovialmente.

Callius resopló y le brindó una sonrisa amistosa. "Mira hacia abajo. ¿Puedes ver la duende de la Guardabosques ahí abajo?"

Dirt se inclinó un poco, apenas, y miró hacia abajo. Era una caída larga, muy larga. Lo suficientemente lejos como para que apoyara una mano en Callius, por si acaso. "No."

"Exacto. Eres muy pequeño. Ahora vamos, casi hemos llegado."

Se pusieron en marcha y continuaron. Quedaban solo dos o trescientos pasos, lo bastante cerca para que Dirt empezara a distinguir hojas individuales. Probablemente eran enormes, pero seguía siendo una larga subida. Aún no había mucho más que ver, aparte de una vasta red de ramas. Y aunque le picaba mirar hacia arriba, tenía que fijarse en los peldaños, o arriesgarse a perder uno y resbalar. Y a descubrir cuál era el plan de emergencia de Callius.

Miró con su visión mental y se detuvo en seco. Había algo cerca. Algo plural. Cosas. Y no eran árboles, ni siquiera plantas. Eran otra cosa, con mentes llenas de patrones, flujos y corrientes en lugar de observaciones o ideas discretas. Y se divertían. Estaban jugando, sea lo que fuera.

Eso fue suficiente para que Dirt se pusiera en marcha. Prácticamente corrió el resto del camino, la magia fluyendo libremente y su concentración centrada en que sus pies tocaran donde debían. Antes de darse cuenta, llegó al final de los peldaños y salió a un rama, la más baja, tan ancha como las raíces mucho más abajo.

Ya no podía distinguirlo desde abajo, ahora que lo miraba. El verde oscuro de los helechos camuflaba el suelo del bosque hasta hacerlo parecer inexistente. Solo vaciedad allí abajo. Verde vacío. Era más inquietante que cuando vio el cielo abierto por primera vez.

—Más arriba—, dijo Callius. —Todavía no hemos llegado—.

A al menos cien pasos de árboles por encima de él, pero desde aquí, en este ángulo, observaba manchas de azul asomándose. También, por fin, pudo apreciar con claridad las hojas, que eran más grandes que él, anchas, redondas y llenas, con una serie de pequeños picos saliendo.

Las mentes misteriosas tenían una sensación de anticipación, la cual supuso que estaba relacionada con él. Se apresuró a subir más rápido.

Ascendieron, a veces usando peldaños y otras saltando de rama en rama o simplemente trepando. La acumulación de follaje se hacía más pequeña y densa a medida que subían, facilitando el avance.

Llegaron hasta que la cabeza de Dirt asomó entre las hojas más altas y no pudieron subir más. El cielo brillaba por encima, radiante, con el sol sorprendentemente brillante contra el azul profundo. Jamás había visto algo así. La cima del dosel se elevaba y bajaba como colosales colinas, sin que se revelara la inmensa y vacía cavidad que se extendía por debajo. Era una escena de serenidad, aunque no lúgubre ni sagrada como el suelo del bosque. Aquí arriba todo se movía, la actividad era vibrante.

Un tropiezo y caería tan lejos que podría dormir un rato antes de estamparse contra el suelo, pero no parecía así. Parecía que había descubierto un mundo completamente distinto, y que podía escalarlo y recorrer esas hojas en busca de nuevos horizontes. Y, sinceramente, tal vez pudiera. Los tallos de las hojas eran tan gruesos como su pierna.

Los pájaros no tenían problemas, desde luego. Se encontraban por todas partes, en su mayoría pequeños y blancos, que trinaban y se desplazaban con entusiasmo. Una bandada de aves mayores, en la distancia, volaba en forma de V sobre el bosque. Otra sorpresa era la variedad de insectos. Uno caminaba sobre una hoja cerca de su mano, más pequeño que una uña, y varios más volaban por caminos vacilantes cerca. Sin embargo, ninguno de los pensamientos que buscaba pertenecía a pájaros o insectos. Ahora que lo pensaba, la sensación de actividad allí arriba tenía más que ver con las misteriosas mentes invisibles que con los cantos de los pájaros.

—¿Ya los ves?— preguntó Callius, apareciendo tan cerca de Dirt que el pelo del hada le rozó la mejilla.

—¿Qué? Veo muchas mentes, pero nada con mis ojos. ¿Qué son? Nunca he visto algo así—.

Una era más grande que las demás, llena de infinitas vías que se cruzaban y serpentear en torno una a otra como un nudo vibrante de pura existencia. Dirt no podía discernir si estaba observando un largo, enmarañado río de pensamientos o cientos de ellos mezclados en un caos. No reconocía nada de lo que veía.

—Mira más de cerca. Pueden ser difíciles de ver—, dijo Callius.

—¿Qué debo buscar?—.

—Elementales—.

La gran mente se extendió hacia él, pero en lugar de una conexión mental o un sonido en sus oídos, sintió una descarga eléctrica. Le cosquilleó el vaso de maná, reaccionando con el maná que aún llevaba dentro. Sobre él apareció una ondulación visible en el aire, y por un momento preocupó que fuera el Gran Ojo otra vez, pero no fue así. Una niebla gris, fina y pálida, llenó esas ondas, y en un instante, un rostro enorme surgió justo encima de él: una cara de mujer, redonda, con ojos grandes. Abrió la boca y un viento le atravesó, no lo bastante fuerte para arrojarlo del árbol, pero sí suficiente para que apretara más las manos.

—Nos hemos estado preguntando cómo se comunicarían ustedes dos todo este tiempo. Ella vive mayormente en el mundo de la magia, como nosotros. Buena suerte—, dijo Callius. Se dio la vuelta, giró en torno a la última rama delgada, convirtió los pies en manos para sujetarse mejor y se relajó para observar.

---

Revision #1

Created 30 April 2026 06:40:18 by Diana Prince

Updated 30 April 2026 06:40:22 by Diana Prince